



Opinión

DANIEL VÁZQUEZ SALLÉS ESCRITOR

COMO UN PULPO EN UN GARAJE

Fue en un hotel de Marrakech, confinado en una habitación en la que un aire acondicionado más viejo que el *Tócala otra vez, Sam* luchaba contra el calor abrasador de agosto donde leí a Mankell por primera vez. La novela, *Asesinos sin rostro*, estaba protagonizada por un detective surgido del frío, un tal Kurt Wallander, cuya glacial soledad me ayudó a combatir el tórrido calor golpeado por el constante cántico de los mohecines.

Tras ese primer encuentro con Wallander, jamás imaginé que años más tarde, la concesión del premio Carvalho me daría la oportunidad de cenar en Barcelona con el creador y la mujer del creador, Eva Bergman, junto a representantes del ayuntamiento, del jurado y de

El escritor fue bastante frío, con un humor sueco, seco, sin agitar, difícil de descifrar

la editorial Tusquets. Me habían dicho que el escritor era bastante frío, y que tenía un sentido del humor similar al de su personaje, o sea, un humor sueco, seco, sin agitar, difícil de descifrar para mentes crecidas con los excesos de los detectives mediterráneos, más amantes del vino que del vodka.

El preludio de la cena, el acto de entrega del premio Carvalho en el Saló de Cent, había sido armoniosamente protocolario. Cada uno en la silla correspondiente, discurso wikipedia del alcalde intentando situar Barcelona en el mapa sentimental de Mankell, entrega del premio al autor, discurso de éste agradeciendo el galardón, aplausos, y tras los cortesías pertinentes, una marcha en fila de dos a Casa Leopoldo

con la intención de concluir la ceremonia coronando al escritor con el típico *tortell*.

Durante el trayecto, Mankell había tenido tiempo de ir al hotel y cambiar su traje de ceremonias por una camisa de un estampado a juego con las baldosas del Leopoldo. Nunca he sido demasiado mítomano de los escritores y prefiero leerlos a tocarlos por miedo a que se me derritan los libros. Sentado a cierta distancia, observé como Mankell probaba con disciplina cada uno de los platos que los camareros dejaban sobre la mesa. Cuando llegó el momento de probar el *cap i pota*, intuí que había empezado el camino de vuelta a Maputo. Presente de continente y ausente de contenido, se fue antes de los postres y nos dejó con las ganas de entronizar al homenajeado depositando sobre su cráneo braquicéfalo la corona de laurel rellena de cabello de ángel.